

Trescientas dos veces y media

Vanessa Bonilla

Vanessa Bonilla

TRESCIENTAS DOS VECES Y MEDIA



Capítulo 1

Se despertó con el empujoncito temeroso de su esposa. La luz tenue de la luna era lo único que iluminaba la recámara oscura y, como apenas acababa de abrir los ojos, éstos trataban de ajustarse al matiz frente a él. Apenas podía notar la silueta de su pareja, tan delicada y hermosa en sus curvas de mujer desnuda.

—¿Lo oíste?

—¿Qué cosa?

—Los pasos —dijo ella.

—¿Qué pasos?

Su esposa suspiró tensionada, se hundió más en su cama y aumentó la presión de sus manos en las sábanas que la cubrían. Le decía a su amado que tenía toda la certeza de haber oído unas pisadas en la planta baja de su casa. Estaba segura y se lo murmuraba una y otra vez, temerosa.

El hombre la miró confundido. El único sonido que él podía percibir era la respiración de ella, pesada, acongojada dentro de las sábanas. Se las pegaba a su piel como a una armadura. Al verla tan preocupada, el hombre decidió tomarle en serio y ver por sí si es que había algún intruso. Se destapó de la tela de algodón que también ocultaba su cuerpo desvestido. Se paró y provocó que las baldosas de madera del segundo piso rechinaran con un sonido agudo. Oyó a su esposa gemir asustada y él se volvió hacia ella.

—No te preocupes. Seguro y no es nada.

El hombre tomó un libro de pasta gruesa de su buró porque era lo único a la mano que podía servir para pegarle a alguien. Él jamás había estado si quiera en una pelea, pero suponía que, en cuánto llegara el momento, sabría cómo defenderse y defendería su hogar con el fervor de un esposo devoto, fuerte.

Prendió la luz de las escaleras y bajó al primer piso. Recorrió todos los rincones de la planta baja y probó la chapa desgastada de la puerta de la entrada y la del jardín. No había nadie, todo estaba con llave. Se encogió de hombros y subió con el libro colgando de sus manos, sin presión alguna y con una tranquilidad despierta. Le anunció a su esposa que no había nadie, que deberían ya dormir. Tardó en convencerla pero, a la mañana siguiente, ambos amanecieron juntos como cualquier otro día.

Pasaron dos semanas antes de volver a sentir el empujoncito, otra vez de noche, pero esta vez más consistente.

—¿Qué pasó?

—Los pasos.

—¿Otra vez?

Ella asintió. Le dijo que se lo podía jurar y que esta vez había oído un tintineo de llaves y el crujir de la puerta principal. El hombre se paró y se acomodó sus pijamas de cuadros. Se estiró cansado y agarró un bate que se encontraba en el armario de su recámara. Le había dado por jugar el béisbol esa semana, así que lo tenía a la mano. Bajó y no encontró a nadie. La casa estaba sellada, inerte, como siempre. Suspiró algo molesto y regresó a la cama.

—Te digo que oí algo.

—Pues baja tú. Yo ya te dije que no hay nadie.

Rodó en su cama para darle la espalda a su mujer y durmió hasta roncar.

Pasó un mes antes de volver a sentir el empujón, esta vez ella le dejó las uñas de sus dedos regordetes grabadas en su hombro.

—¿Ahora qué?

—Los pasos.

—¡Pasos tu puta madre!

Hubo un silencio largo.

—Hay alguien abajo —dijo ella—. Ahora oí unas ruedas contra el piso.

—¿Unas ruedas?

—Sí.

—El bate está guardado en el ropero.

Se giró y volvió a cerrar los ojos, pero no la oyó moverse en el colchón de la cama durante toda la noche.

Pasó un año entero sin empujón y la mujer se intentó convencer, en vano, que nunca había venido nadie, que, si es que alguna vez había entrado algún intruso, éste ya se había olvidado de su humilde morada y

se había dado cuenta del poco valor monetario que tenían dentro.

La mujer había aprendido a dormir bastante, aunque nunca tranquila y ahora acostumbraba arrinconarse en el extremo izquierdo de la cama, aquella que ahora se le hacía más pequeña, apretada.

Una noche, como cualquier otra, volvió a oír los ruidos: unos pasos lentos, cautelosos; después unas ruedas contra el suelo; también un tintineo de llaves agudo, seguido del chirrido que siempre hacía la puerta principal al abrir y cerrar.

Ella se escondió más en su cama, petrificada del susto y de los ruidos que, al igual que las veces anteriores, estaba segura de haber oído con una certeza irrefutable. Se giró en su cama y estiró el brazo para despertar a su pareja, pero su mano cayó en el colchón hundido.

Ella parpadeó asustada y murmuró el nombre de su esposo varias veces porque no alcanzaba a ver con precisión en la oscuridad. Tampoco podía discernir las figuras del cuarto entre la noche. No obtuvo respuesta, así que se armó de valor y bajó de la cama. Corrió hacia el ropero para sacar el bate mientras sus ojos se ajustaban a la iluminación escasa. Ahora lograba hacer sentido de las formas a su alrededor y miraba un poco más claro el armario frente a ella. Vio el bate en la segunda repisa y estaba a punto de cerrar el ropero cuando se detuvo.

Algo no estaba bien. Había un hueco de unos treinta por cincuenta centímetros en la esquina derecha del armario y algo más... Ahí guardaban de todo, ¿qué faltaba?

De pronto, ella sintió un peso en el estómago y todo su cuerpo se tensó. La maleta de ruedas había desaparecido del armario, al igual que la mitad de la ropa.

Fue entonces que corrió fuera de la recámara sin cautela alguna por el ruido de sus pasos acelerados y gritó el nombre de su esposo trescientas dos veces y media. Lo hizo hasta vaciarse los pulmones y researse la garganta. Lo hizo hasta que las lágrimas saladas de sus ojos empaparon sus pies descalzos.